

UN DIOS DE SOMBRERO Y PONCHO ROJO

El peso de la caja de cartón llena de cuadernos reciclados, pinturas de colores, plastilina, lápices, borradores, libros y cuentos me impedían contemplar el escenario en el que estaba entrando. La lluvia empezaba a caer y el olor a tierra mojada se impregnaba en mi ropa y se mezclaba con el aire frío y ligero que entraba con mayor facilidad que el aire viciado de la capital. El corazón me latía más fuerte no sólo porque estaba ya casi a 4000 m de altura, sino porque regresaba a ese rincón olvidado en medio de los andes ecuatorianos, a donde por primera vez llegaba sólo, con una caja llena de útiles escolares y con la memoria cargada de recuerdos de los últimos veranos.

Únicamente cuando puse la caja en el suelo y me senté sobre ella para descansar pude asimilar el paisaje y lo que sucedía a mi alrededor. Una hilera de montañas vestidas con retazos de cultivos de múltiples colores parecía darme la bienvenida. Los colores verdes, dorados, marrones eran el fondo perfecto para contrastar el movimiento de cientos de ponchos rojos que se movían de arriba para abajo, cargando bultos, llevando animales, vendiendo hortalizas en la feria de Guamote. Hasta, ese momento no me había percatado que era jueves, el día que el pueblo cobra vida y se convierte en un centro comercial indígena al aire libre. Es cuando los indígenas de las comunidades circundantes bajan de las montañas para comprar y vender sus productos.

Cuántas veces había caminado entre la hormigueante muchedumbre, entre el ruido de los voceadores promocionando sus productos, o la algarabía de los cerdos, vacas, burros, gallinas, cuyes, ovejas, perros que pasaban en todas direcciones. Pero esta vez, mi destino no era la feria sino la escuela de una comunidad indígena montaña arriba, en donde los voluntarios esperaban ansiosamente los materiales didácticos que ahora me servían de asiento.

Un camión cargado de mercancía y de gente que se protegían con sus ponchos rojos de la lluvia que no daba tregua, sería el último medio de transporte que cogería en una semana entera. Logré ubicar la pesada caja de materiales didácticos en medio de los animales, las papas, la gente que subía a su comunidad luego de un intenso día de feria. El chofer de la camioneta no me dejó viajar con todos los demás, sino que me hizo sentar junto a él en la cabina del conductor. En ese momento me sentí afortunado pues no tendría que viajar al descubierto, como uno más de los indígenas a quienes no les importaba las condiciones infrahumanas y peligrosas en las que se transportaban para llegar a sus respectivas casas, sino todo lo contrario, parecía que se divertían y aprovechaban para conversar con sus amigos y parientes.



Mientras el pesado camión hacía un sonoro esfuerzo para subir por esas carreteras de tierra cuesta arriba, por la ventanilla veía un mundo tan diferente pero a la vez familiar: cultivos de cebada, niños pequeñitos pastando sus animales, mujeres descalzas muy ancianas cargando leña para encender la lumbre de sus chozas a la vez que hilaban la lana de sus ovejas, hombres trillando sus cereales, o cosechando sus cultivos; por donde mirara había huellas de un trabajo duro e interminable.

Finalmente el viejo camión me dejó en el camino que conducía a la escuela rural de la comunidad indígena. Un camino lleno de lodo se escondía en medio de un bosque de pinos detrás del cual seguramente alguien me esperaría en la escuela con una sopita caliente. Valió la pena el último esfuerzo cargando la cada vez más pesada caja, ahora mojada por la lluvia pues detrás de los pinos aparecía una escuelita pequeña con dos o tres aulas, y con un patio de tierra cuyos únicos límites eran las nubes que parecían estar un nivel más bajo que mis pies. Finalmente un voluntario me vio llegar y aunque nunca lo había visto antes parecía que me conocía de toda la vida, corrió a coger la caja y a saludarme con una alegría que me sorprendió.

Era impresionante el silencio que había en el lugar, un silencio que incluso parecía molestar mis oídos acostumbrados al ruido de la ciudad y que aún seguían procesando los ruidos de la feria de Guamote, y los ruidos del camión. “¿Ya cocinaste?” le pregunté al voluntario, con la esperanza que me diga que me esperaba con la sopita caliente; “No” me contestó con una tranquilidad y confianza que también me sorprendían. “Y no tienes hambre, porque yo me comería un cerdo enterito”, le contesté con cierta preocupación. “No es necesario cocinar, pues la comunidad está por venir con la comida que han preparado para darte la bienvenida”, me dijo el voluntario con un cierto tono de orgullo.

Efectivamente, al poco rato, uno a uno detrás de las nubes aparecían coloridos personajes de poncho rojo y sombrero, con una sonrisa en el rostro y algo en las manos. Uno traía papas con cáscara, otros huevos, otros pan de dulce, otros sopa, otros habas tostadas, otros chicha y avena, otros traían platos de mote, tostado, arroz y jarras de leche y agua. Era un colorido desfile que hacía que me olvidé de mi hambre y de mis preocupaciones, pues sus sonrisas parecían borrar toda duda y preocupación individual. Seguramente acababan de subir de la feria, vendiendo y comprando sus productos, cansados pero contentos hacían un espacio en su dura jornada para conocerme, el nuevo señor profesor, al nuevo “Señor Iduardo” como me llamarían después con su torpe castellano.

Así fue como empecé a conocerles y a conocerle a Él, en esa gente olvidada, discriminada por siglos. Esos indígenas que a veces vemos en la ciudad, tristes y opacos, eran ahora felices y altivos en sus tierras, en ese su paisaje frío de majestuosas montañas y volcanes. Su generosidad a pesar de su pobreza, su alegría a pesar de su sacrificada vida de campo, su inocencia infantil y su energía para estudiar y trabajar, siempre me cuestionaron. Un cuaderno, las pinturas de colores, la plastilina o el papel brillante que tanta dificultad me causaron durante el viaje, eran el mejor tesoro que podían tener. Su rostro se iluminaba al ver los dibujos de los cuentos, o al descubrir que ya reconocían alguna vocal.

Yo pensé que les iba a enseñar lo poco que sabía, pero resulta que ellos me enseñaron mucho más. No me hizo falta ni un celular, ni un espejo, ni preocuparme por la ropa, ni la televisión, ni la radio. Ellos me enseñaron a confiar en el otro, en la comunidad, en vivir cada día intensamente, a disfrutar a pesar de la adversidad del clima, del trabajo y de la falta de comodidad. Ellos me enseñaron a compartir, a dar sin esperar recibir, a sonreír aunque tus labios estén partidos. Te dan tanto con tan poco, que no entiendes cómo lo hacen, sólo hay una explicación ahí está El, un Dios de sombrero y poncho rojo.

